

IMAGEN DE UNA DIOSA

La actividad que desde hace veinte años realiza el Servicio Municipal de Arqueología ha ido aportando una valiosa información sobre la evolución de las comunidades del final de la Edad del Bronce hacia formas de vida plenamente urbanas a lo largo de un proceso que se inició con la incorporación de Carmona al comercio de larga distancia desde principios del siglo VIII antes de nuestra era. Como ocurrió en otras sociedades mediterráneas, la construcción de santuarios consagrados a las divinidades protectoras de la ciudad y la introducción de imaginería religiosa en piedra fueron algunos de los signos expresivos del desarrollo de tales estructuras urbanas. La estatua de la divinidad protectora era el símbolo de la identidad de la ciudad y el principal elemento de cohesión social.

La excavación del solar de la Casa-palacio del Marqués del Saltillo en 1992, permitió documentar parcialmente distintos edificios de culto fechados entre los siglos VII-V a.C., tempranas evidencias de un uso religioso que el lugar ha perpetuado hasta hoy en la iglesia de San Blas, enseña de la conquista cristiana erigida sobre los restos derruidos de otros templos que se sucedieron en el tiempo al servicio de diferentes credos. En el más antiguo de aquellos edificios, construido de acuerdo con tradiciones arquitectónicas próximo orientales, se halló un espléndido equipo litúrgico compuesto por cuatro cucharas de marfil con forma de pata de cuadrúpedo, en dos pares idénticos, y tres grandes vasos cerámicos decorados con motivos florales y animales imaginarios, portadores de mensajes simbólicos alusivos al universo mitológico. Trabajos arqueológicos posteriores nos han permitido recabar más información sobre ese complejo cultural de Saltillo y sobre su abandono forzado y rápido, pero ha sido un hallazgo casual el que nos ilustra sobre el uso cultural de imágenes antropomorfas en fechas de principios del siglo VI a.C., una época en la que la estatuaria



en piedra no había adquirido todavía un gran desarrollo en el mundo Mediterráneo, ni siquiera en Grecia.

Se trata de un fragmento esculpido en piedra caliza que fue entregado a la arqueóloga Trinidad Gómez por Teodoro Díaz, quien, al parecer, lo encontró en la zona del Argollón, al pie del reborde norte de la ciudad. El protagonismo que se ha dado al hallazgo en el cartel anunciador del recién pasado Congreso sobre Carmona Protohistórica y el interés de Rafael Méndez por difundirlo a través de la revista Estela están plenamente justificados por el hecho de que el trozo de piedra de que hablamos es la parte inferior de una pequeña estatua femenina, la escultura más antigua que se conoce en el Bajo Guadalquivir por el momento y, si estamos en lo cierto, la primera imagen en piedra de una diosa (Foto 2).

La figura se representa vestida con un recargado modelo que se compone de una falda de volantes o pliegues estrechos adornada en el centro con una banda ancha vertical, dividida en recuadros que alojan motivos decorativos de sabor oriental. Este tipo de falda tiene una larga tradición en Oriente, pero todavía se documenta durante los siglos VIII a VI a.C. junto con mo-

delos que presentan los pliegues o volantes en un solo lado, conocidos en el Egeo y en Anatolia (Foto 3), pero la banda central y los meandros, palmetas y flores que la decoran, tienen mejores paralelos en la indumentaria femenina griega de la primera mitad del siglo VI a.C. Vestidos adornados con motivos parecidos los encontramos en personajes de rango divino, pintados por Clitias sobre vasos cerámicos de lujo y en dos estatuas de Olimpia, (Foto 3) hechas a base de láminas de bronce, unas repujadas, otras grabadas, que recubrían y daban aspecto humano a un tosco maniquí de madera. En cuanto a las palmetas son un motivo muy frecuente en la artesanía fenicia, pero éstas parecen más bien griegas o etruscas, por el perfil apuntado y por la forma de enlazar las volutas que las sostienen; sin embargo, la composición en su conjunto es más fenicia que griega. Esta



Fragmento de escultura hallado en Carmona.

1. Un estudio preliminar de la pieza ha sido publicado por M. Belén y M^a C. García Morillo: "Carmona. Una ciudad tartésica con estatuas", en El Periodo Orientalizante. Actas del III Simposio Internacional de Arqueología de Mérida: Protohistoria del Mediterráneo Occidental (S. Celestino y J. Jiménez, eds.), Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 2005, págs. 1199-1213.

compleja mezcla de influencias de origen diverso es frecuente en las producciones que llamamos orientalizantes y es el resultado de una fluida e intensa relación entre las distintas culturas mediterráneas favorecida, sobre todo, por el comercio que estimulaba desplazamientos de artesanos de un lado para otro y la transmisión de conocimientos técnicos y modas estilísticas. Rasgos mezclados presenta asimismo la escultura etrusca e, incluso, la escultura griega más antigua combina estímulos orientales con innovaciones originales.

Desde el siglo VIII a.C., antes incluso, los intercambios tenían en Occidente una dimensión internacional y circulaban productos —cerámica, objetos metálicos, vinos, aceites o tejidos—, embarcados en los lugares más insospechados de las costas del Mediterráneo. Durante la primera mitad del siglo VI a.C. llegaron a Huelva grandes cantidades de cerámica fabricada en diferentes sitios de Grecia del Este y los vinos de Quíos y las copas jonias para beberlo se vendieron también en los puertos de la antigua desembocadura del Guadalquivir; sin embargo, en Carmona la presencia griega es hoy por hoy muy poco visible y los intercambios tienen un sello netamente fenicio, entendido en el sentido multiétnico que los historiadores aceptamos para este término, por eso pensamos que debieron ser comerciantes semitas, no sabemos si propiamente fenicios, sirios o chipriotas, los introductores de la escultura en piedra en la ciudad. De momento ignoramos si la estatua se labró aquí o se adquirió fuera; los geólogos están tratando de averiguar si está hecha o no con piedra de alguna cantera de la región. Por el tamaño que le calculamos era de fácil transporte y hay testimonios literarios sobre imágenes de culto que se compraron lejos, en Chipre o en algún otro centro importante de producción de obras plásticas, y se trasladaron en barco hasta su destino, pero en su tiempo era también frecuente que se desplazaran de aquí para allá los artesanos que las esculpían.

Sus dimensiones podían ser parecidas a las de la escultura cretense que conocemos como Dama de Auxerre, hoy en el Museo del Louvre, cuya altura es inferior a 70 cm, aunque nuestra pieza probablemente carecía de pies, como otras muchas estatuas antiguas. El fragmento que se nos ha conservado es realmente pequeño y por eso no podemos desechar que la imagen estuviera sentada, aunque nos inclinamos por una figura er-



Imágenes de diosas (siglo VI a.C.): 1. Anatolia. 2. Olimpia.

guida sobre una base plana que apoyaría directamente sobre un pedestal. La literatura y la arqueología nos dan una visión de las imágenes de culto en la antigua Grecia que podemos hacer extensiva a otras culturas mediterráneas coetáneas y que tiene todavía claro refrendo en la rica imaginería religiosa católica. La presencia de la divinidad podía ser evocada a través de un símbolo o de una imagen antropomorfa. Estas últimas ofrecen un amplio repertorio en el que encontramos tallas de madera y esculturas en piedra, unas y otras doradas o policromadas, estatuas de bronce e imágenes de vestir en las que sólo brazos y rostro estaban trabajados. Muchas de ellas, ya fueran representaciones entronizadas o de pie, eran de pequeño tamaño y fueron veneradas durante siglos. Era corriente que las imágenes llevaran lujosas túnicas y mantos bordados y se adornaran con joyas que, como las mismas estatuas, solían donar los fieles como testimonio de una piedad que no siempre estaba desprovista de interesados propósitos de ostentación social. Cuando se esculpió la imagen de la diosa de Carmona

a principios del siglo VI a.C., todavía eran muy apreciadas las telas de colores vivos y abigarradas decoraciones bordadas o tejidas al gusto oriental que el comercio fenicio había difundido por todo el Mediterráneo. Flores y animales irreales, así como escenas míticas y heroicas, figuraban como motivos ornamentales en las telas más lujosas, ricos paños que por su elevado precio sólo podían adquirir los sectores sociales privilegiados.

Además del indudable interés que el hallazgo de esta mutilada imagen tiene para la historia de Carmona, hay que destacar también que con él se ha podido confirmar que la estatuaria ibérica de la Alta Andalucía y del Levante peninsular, en su mayor parte de carácter funerario, recogió una tradición escultórica que se había iniciado tiempos atrás en tierras del legendario reino de Tartessos.